

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. Diego de Rivera.—*La buena esposa*, por D.^a Angela Grassi.—*En el Album de doña Joaquina G. Balmaseda* (poesía), por D. Rafael Coronel y Ortiz.—*La Bendición paterna* (continuación), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*La subida de la marea*, por M. S.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 856.—*Grabado de Labores*, núm. 69.

REVISTA DE MADRID.



QUÉ faz de la villa y córte dirigiremos hoy nuestra observadora mirada para dar de ella cuenta á las amables lectoras?

El mundo elegante no es de nuestra competencia porque más inteligentes plumas tienen á su cargo en este Semanario hacer de él los oportunos anales: el de los teatros ha desaparecido por ahora, al menos bajo un punto de vista sério que le permita ser objeto de reseña especial: ya de diversiones en general hablamos en la excursion precedente, compilando todos aquellos sitios en que se ofrecen recreos á los ánimos fastidiados ó abatidos: sucesos de novedad no los hay porque todos los dias se parecen unos á otros con una perfecta monotonía.

¿Qué hacer por lo tanto?

Escudriñemos en asuntos de letras, pues si bien no nos suministrarán abundante materia, alguna habrá en que ejercitar nuestra curiosidad oficial.

Otro dia tocará su turno á las artes.

¡Las letras! ¡Pobres de ellas! Confinadas á reducidos círculos de la sociedad en que alientan corazones de algun sentimiento son cultivadas por contados individuos, pero los frutos que producen carecen de mercado. Descontad las invenciones de esa literatura terrorífica ó maravillosa, digna imitadora de la escuela de Ponson du Terrail, que mete en el tranquilo hogar por debajo de la puerta modelos de crímenes y desvaríos, literatura que inexplicablemente protejen las gentes, y apenas para las demás manifestaciones del ingenio hallareis estímulo ni recompensa. Quién hoy componga una obra sencilla y modesta si es de recreo, elevada y conceptuosa si es didáctica, fina y delicada si es de broma, ha perdido su tiempo.

Sin mostaza no pueden escribirse libros de fortuna.

¿Habeis visto si nó ocuparse mucho á las gentes en las escasas publicaciones que recientemente han visto la luz? Seguramente la respuesta será negativa, porque aquí en sacando á los hombres de ciertas candentes luchas, rémora de todo adelanto científico, artístico, industrial ó literario, ya ignoran cuanto sucede.

Pues bien, en los últimos tiempos alguna producción se ha ofrecido al público que merece atención.

D. Juan Valera, erudito escritor y académico, ha impreso el tomo primero de una concienzuda y elegante traducción que reúne tantas dificultades como muchos originales. Aludimos á la *Poesía y arte de los árabes*, precioso estudio, escrito en alemán por el Barón Shack, el cual debía interesarnos en alto grado por las noticias y consideraciones críticas en que abunda, y por el ameno estilo que lo realza.

Por su parte la Real Academia Española, prosiguiendo con laudable celo la publicación de una *Biblioteca clásica* que comenzó no ha mucho por la reproducción de *La Araucana*, poema de Ercilla, con prólogo del Sr. Ferrer del Rio, acaba de echar al mundo dos nuevas obras de dicha biblioteca.

Era la primera de ambas la titulada *Farsas y Eglogas* de Lucas Fernandez, salmantino, precedidas de un *Prólogo* y seguidas de una *Declaración de vocablos oscuros ó de uso poco frecuente* que ha escrito el ilustrado crítico D. Manuel Cañete. Esta publicación es digna de elogio por la novedad de ella, por su acertado desempeño, y por la utilidad que presta á la literatura patria ya como orígenes del teatro, ya como precedentes de la lengua.

Denomínase la segunda de las obras indicadas, *Comedias escogidas* de D. Juan Ruiz de Alarcón, precedidas del exámen de su carácter dramático y seguidas de un jui-

cio crítico, cada una por D. Isaac Nuñez de Arenas. También merece aceptación esta edición novísima de lo más selecto de aquel desdichado poeta que hasta nuestros días apenas fué conocido como exigía su mérito. No las hemos examinado todas para conocer si el texto ha sido reproducido con precisión y pureza, pero desde luego lo declaramos afirmativamente teniendo en cuenta la corporación de que la publicación procede.

No deja otra Real Academia, la de San Fernando, de contribuir por su parte al escaso movimiento literario de estos tiempos, publicando una obra relacionada con su propia existencia. Hace alguno vieron la luz, por acuerdo unánime de la misma, las *Memorias* para la historia de dicha ilustre corporación y de las Bellas Artes en España, desde el advenimiento de Felipe V al trono hasta nuestros días, compuestas por el castizo escritor D. José Caveda. Tanto la Academia como su docto consiliario han obtenido legítimos elogios por haber acometido tan delicada cuanto necesaria empresa; aquella por la idea y el apoyo material: éste por el esmero y el acierto en el desempeño. Sin embargo, debemos advertir con amargura que tal aplauso resuena en un reducido círculo de la corte, pues el resto de ella permanece insensible ante las manifestaciones tran-

quilas y delicadas de la literatura y el arte. Nosotros hemos leído el primer tomo de la referida obra, lo hemos leído con mucho detenimiento, y sin perjuicio de que tal vez hablaremos en otra ocasión acerca de este asunto con separación y pausa, no dudamos en decir ahora que la reseña histórica del Sr. Caveda es muy digna de estimación porque es resumen de innumerables datos, muestra de elevado estilo literario, estudio de claro método, y excelente panegírico de la pintura, la escultura, la arquitectura y el grabado.—En Setiembre verá la luz el segundo y último tomo de esta notable obra.

También el editor Durán, que ha dado con la *Biblioteca* que lleva su nombre pruebas de laboriosidad y acierto (exceptuando la publicación de alguna obra tal vez la más favorecida de gran parte del público), acaba de poner á la venta un nuevo libro, traducido con tino nada vulgar, é impreso con exquisita sencillez, esto es, con verdadera elegancia. Aludimos á *El Pájaro*, interesante monografía de Michelet, ya muy conocida en su idioma nativo.

De los ligeros apuntes que preceden se ve que algo serio se produce. ¿Quién habla de ello?

Pocos, muy pocos. Saquen Vds. las consecuencias.

DIEGO DE RIVERA.

INSTRUCCION.

LA BUENA ESPOSA.

Lámpara sagrada, que puesta en el santo candelero, irradia santidad en torno suyo, dice el Eclesiástico; tal es la mujer cristiana, que llena con respecto á Dios, al mundo y á su familia, los dulcísimos deberes que la están encomendados. Ella, como el buen pastor, sabe atraer al redil al esposo descarriado por las malas pasiones; ella sabe glorificar á Dios en sus hijos, educándolos á su imagen y semejanza; ella consigue, por último, dulcificar las penas de amigos y servidores, elevando sus almas á las regiones de la luz eterna, y ennoblecer y divinizar cuanto se halla al alcance de sus manos.

«Dios, dice San Lucas, ha elegido á la mujer la parte mejor, y no le será quitada.»

Dichosas nosotras, porque esta parte la constituyen la abnegación y el sacrificio; dichosas nosotras, porque nuestra alma es de tal temple, que puede seguir sin esfuerzo las huellas de Jesucristo, aceptar su cruz, ceñir su corona de espinas, y subir con él al Gólgota para redimir al Universo, y participar después de las delicias de su gloria.

¡Ah! si, el porvenir está delante de nosotras, en nuestras manos está la divina semilla que produce ópimos frutos. Dejemos al hombre que sea su orgulloso recolector; dejemos que se afane mostrando los trojes llenos de trigo, los vasos llenos de rubicundo mosto. Nosotras, que en los

frios y lluviosos días del invierno hemos abierto los profundos surcos, escondiendo en su seno el fecundo grano; nosotras, que lo hemos cubierto de tierra, regándole con nuestras propias lágrimas, no nos envanecemos por esto, tengamos presentes las palabras de Jesucristo, cuando dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

Nuestra fuerza consiste en la obediencia y la humildad; solo pueden asegurarnos el triunfo la fé, la caridad, la benevolencia y la dulzura.

¡ Madres de familia, pensad en lo sublime del lote que os reservó el Omnipotente; pensad en la grandeza inmensa de la obra que os está encomendada. Pensad que la dicha futura de vuestros hijos y de la sociedad, depende de la pureza de vuestras ideas y costumbres: pensad, sobre todo, que si la divisa de toda criatura humana es nacer, padecer y morir, es bello galardón de un alma noble nacer, padecer y morir por una santa causa.

Para alcanzar el triunfo apetecido, sigamos los consejos de San Pablo: « Vosotras sois la luz del mundo, dice: haced que en todas las cosas seáis ejemplo de buenas obras, en doctrinas, en integridad y prudencia. Sea santo é irreprehensible todo cuanto digais, para que permanezcan confusos vuestros adversarios; no teniendo nada malo que decir de nosotros.»

Y en otro lugar añade: « Jóvenes casadas, haced que haya en vosotras un afecto lleno de ternura, que gane los corazones. No volvais mal por mal, ni ultraje por ultraje, sino al contrario, bendecid y padeced.»

Tambien dice á este propósito San Pedro:—«Que estén las mujeres sometidas á sus maridos, pero que se hagan amar y respetar, para que si alguno de ellos no crée en palabra, le convierta la conducta de su mujer sin la palabra.»

Tipo de este bellissimo ideal de la mujer casada, fué Leonor, hija de Enrique II, Rey de Inglaterra, y esposa de Alfonso VIII de Castilla.

Era, dice la imparcial historia, una Princesa sumamente recomendable por su paciencia, su dulzura, y por el constante amor que profesó á su marido, áun en medio de sus diversiones con la bella Judía; pero mucho mas digna de eterno encomio, por la aplicacion con que ella misma se dedicó á instruir á los once hijos que tuvo.

Amábala el Rey, y le amaba ella con la santa y purísima ternura que profesa á su esposo la mujer cristiana. Amor bendito, santificado por la piedad y el deber, que no reconoce límite ninguno, tocante al sacrificio y á la pureza.

Quiso su mala estrella, ó mas bien quiso Dios, que afligiese á las buenas almas para ensalzarlas en el cielo, que la casualidad pusiese delante de los ojos de Alfonso á la bellissima Raquel. Quedó el Monarca deslumbrado y ciego al ver su peregrina hermosura, quedó cautivo, y tan de lleno se entregó á los arrebatos de su nueva pasion, que no hizo misterio alguno de ella, complaciéndose, por el contrario, en publicarla, para enaltecer á su ídolo y rendirle un homenaje mas ruidoso.

Supo sus amores la Reina, y aunque sintió su pecho traspasado por mil agudos puñales, no varió ni un solo punto de su conducta. Mostróse á su esposo triste, pero no irritada; dirigióle algunos consejos, pero ninguna reprobacion. Cuanto mas crecía el extravío del Rey, mas aumentaba ella la severidad de sus costumbres, la digna reserva de sus maneras, y el retraimiento absoluto de su vida; porque hartó sabía que la mujer abandonada por su marido, está espuesta mas que ninguna otra, á los tiros de la maledicencia y la calumnia.

Nadie pudo sorprender en sus ojos una lágrima; nadie pudo oír de sus labios una queja; ni motejaba á su rival, ni daba calor á los improprios que la dirigian los cortesanos. No tenia ningun confidente de sus penas, y ¿para qué lo necesitaba? ¿No es Dios el confidente de las almas que sufren, y no guarda Él en su propio corazon las lágrimas de los que padecen, dándoles en cambio mil tesoros de resignacion y fortaleza?

Una vez Enrique, el mayor de sus hijos, departiendo con su ayo sobre cuestiones filosóficas, se atrevió á increpar la conducta de su padre. Secundóle el ayo, creyendo que con esto causaria placer á la Reina, pero ésta se levantó llena de majestad y entereza, y exclamó con firme acento:

—Silencio! para juzgar á los padres y á los reyes está Dios: á Dios es á quien deben rendir estrecha cuenta de sus actos. A los hijos y á los vasallos leales solo les es permitido inclinar la frente y reverenciarlos!

No estaba tan ciego el Rey, que no admirase la noble y digna conducta de su esposa.

Cuentan que un dia, paseándose con Raquel por las orillas del Tajo, la judía le tuvo algun propósito injurioso hácia la Reina.

—¡Raquel, gritó Alfonso lleno de cólera, y con tono tan fuerte que pudieron oírle muy bien las personas de su séquito. Sábeta que si á tí te pertenece mi amor, á mi santa esposa consagro mi respeto! ¡Sábeta, que yo el primero, quiero que todos humillen la frente ante ella, y que la mas ligera ofensa que la infieran, es para mí un mortal agravio!

Nadie ignora el trágico fin de la bella judía, que pereció asesinada por los grandes de la corte, indignados de ver al Rey cautivo de sus encantos; nadie ignora el profundo dolor de Alfonso con la muerte de su amada.

Llegó á tanto, que se encerró en su aposento y no quiso ver á nadie.

Pero al cerrar la puerta á los cortesanos, olvidó que habia una puertecita que conducia de su habitacion á las habitaciones de la Reina.

Abrióse, pues, cuando menos lo esperaba, la indiscreta puertecita, y dió paso á Leonor, vestida de riguroso luto.

Sentóse á su lado, y sin dirigirle ni siquiera una palabra, lloró con él, y mezcló con los suyos sus suspiros.

Por la noche Alfonso, rendido á la inmensa pesadumbre de su afan, sufrió varios desmayos y tuvo que acostarse. Leonor no llamó á los médicos, demasiado sabia que los médicos no curan las enfermedades del alma; no llamó á los servidores, demasiado sabia tambien que los cuidados mercenarios no alivian al espíritu que gime.

Permaneció junto á él, atenta á sus menores movimientos, realizando con prontitud sus mas leves deseos, dándole cordiales, y rezando con fervor delante de un Crucifijo.

Al tercer dia, en que el estado del enfermo era mejor, subió por la puertecita secreta; pero no volvió á entrar sola; entró con la mas pequeña de sus hijas.

La niña corrió á dar un beso á su padre, y luego se mantuvo silenciosa en un rincon, como sin duda se le habria ordenado.

Al dia siguiente fueron dos los niños que entraron, los dos mas pequeños, y colocándose en un extremo de la estancia, se divertieron en silencio con sus infantiles juegos.

Alfonso, al principio, no fijó en ellos su atencion; pero poco á poco llegó hasta su alma el eco del inocente diálogo que sostenian en voz baja, y su corazon se abrió repentinamente á los dulces afectos de familia.

—Perdon! noble madre de mis hijos! exclamó dirigiéndose á Leonor, y tendiendo hácia ella sus manos suplicantes.

—Perdon? murmuró la Reina con dulzura, no hay necesidad de perdon, cuando la ofensa ha sido indeliberada. Yo no me acuerdo del pasado; yo solo sé que sufres, solo sé que eres desdichado!

—Qué vengan mis hijos, todos mis hijos! exclamó Alfonso con los ojos inundados de lágrimas.

Leonor corrió á buscarlos, y volvió á presentarse delante de su esposo rodeada de todas aquellas flores escogidas del jardin de sus virtudes.

Alfonso los abrazó, los besó, y poniendo su mano sobre la cabeza de Enrique, que era su hijo mayor y el que debia sucederle en el trono, le dijo con acento conmovido:

—Plegue á Dios darte una santa esposa, como te dió una santa madre! Arrodilláos delante de ella, hijos míos, y bendecidla como yo la bendigo en el fondo de mi alma.

¿Cabe triunfo mas hermoso que este? ¿Podrá la mujer ambicionar otros lauros que sean comparables á estos divinos lauros? ¡Oh, cuál debió ser el sublime regocijo de Leonor en aquel supremo instante! ¡Cómo batirian sus palmas, cantando *Hossana*, los Angeles del cielo!

Aquella mujer prudente, que se habia forjado una corona con las flores de sus tribulaciones, murió como vivió, amada, respetada y bendecida, ó por mejor decir, no murió, que continuó viviendo en sus hijas, Berenguela y Blanca, que perpetraron sus virtudes é inmortalizaron su nombre; aquella, casada con D. Alfonso, Rey de Leon, y esta esposa de Luis VIII, Rey de Francia. La primera madre de San

Fernando, y la segunda de San Luis. Ambas de espíritu muy superior á su época y á su sexo, ambas Gobernadoras durante la menor edad de sus hijos, ambas dedicadas á educarlos en la mas severa virtud, á ejemplo de su madre, y ambas tuvieron la dicha de dar al Estado un Rey y á la Iglesia un Santo.

¡Oh, cuán bien pueden aplicarse á Leonor aquellas palabras del Cántico de los Cánticos:

«Levantáos, muy amada de Dios, vos, tan bella á sus ojos. Ha pasado el invierno, la campiña está cubierta de flores, y ha llegado el tiempo de la siega. Ved los bienes del Señor en la tierra de los vivos.»

¡Mujeres casadas, procurad que estas dulcísimas palabras resuenen tambien sobre vuestras tumbas!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

En el album de la Señorita

D.^a JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

Naciste con tal ventura,
Que, afanosa y diligente,
Puso pródiga natura
La luz del génio en tu mente
Y en tu rostro la hermosura.

Y al ver tu nombre ensalzado
Por la fama y por la gloria,
Dije absorto y admirado:
¡Feliz quien haya logrado
Un recuerdo en su memoria!

Mas no bien grato y fecundo
Llegó tu acento á mi oído,
Supe con dolor profundo
Que en los vergeles del mundo
Brotó la flor del olvido. (1)

Por ver su forma y color
Mis ojos luego fijé
Con empeño á mi alrededor,
Y casi al punto encontré
Marchita y seca la flor.

En otro tiempo crecía,
Con ciego orgullo ostentaba
Su invencible lozanía,
Y en vez de morir, cobraba
Nuevo esplendor cada día.

Pero fijaste asombrada
En su altiva galanura
Tu penetrante mirada,
Y ante el sol de tu hermosura
Cayó la flor agostada.

(1) Título de una poesía de la señorita Balmaseda.

Desde entonces comprendí,
Vivamente persuadido
Al pensar en lo que ví,
Que es imposible el olvido
Cuando se trata de tí.

Así, al despuntar la aurora,
Nuncio del radiante día,
Siento la luz brilladora
De tu imagen seductora,
Grabada en la mente mía.

Y cuando grata fulgura
La luna en cielo estrellado,
La ilusion de mi ventura
Vé gozosa en su luz pura
De tu belleza un traslado.

Por este ejemplo has sabido
Que ante tu fama y tu gloria
Murió la flor del olvido.
¿Lograré mi afán, si pide
Un recuerdo á tu memoria?

RAFAEL CORONEL Y ORTIZ.

LA BENDICION PATERNA.

(CONTINUACION.)

El rostro de la jóven resplandecía de felicidad.

—¿Y qué os dijo?

—Nada; darnos besos.

—Y lloraba, añadió el pequeño, si hubieras visto, mamá, que lagrimones tenia en el bigote.

Virginia no pudo contener los sollozos que conmovian su pecho y prorumpió en llanto, pero un llanto de alegría.

—¡Oh, padre!... ¡padre de mi alma!... exclamaba medio ahogada por la emocion, besando las monedas que tenian los niños en la mano.

La puerta del aposento se abrió, y entró en ella una religiosa.

Virginia corrió hácia ella.

—Hermana mia, la dijo, tenga Vd. la bondad de traerme un tintero y papel para escribir una carta, y la ruego manifieste á Sor Teresa mi deseo de verla por aquí.

—Al momento será complacida; Vd. puede pedir todo lo que quiera, pues tenemos órden de facilitarla cuanto desee, y yo vengo á ponerme á las órdenes de Vd. por mandato especial de la Superiora.

—¿Y por qué tantas atenciones conmigo? ¿quién se interesa por esta infeliz?

—Lo ignoro completamente, señora, dijo la Hermana, saludando con humilde ademan y retirándose.

Instantes despues volvió, llevando una elegante escribanía y una cartera con objetos de escritorio.

Los niños jugaban con las monedas, en tanto que su madre escribía aceleradamente. En el rostro de la jóven brillaba una estraña animacion, y seguía su pensamiento impulsada por una fuerza superior á su voluntad.

Era que por primera vez se hallaba separada de su marido y libre de la influencia que ejercía sobre ella, y que no la habia permitido nunca seguir los impulsos de su corazón.

—¡Ah, padre de mi alma!... exclamó leyendo la carta que acababa de escribir; por qué he sido tan ingrata para contigo!... por qué me he dejado dominar por ese hombre orgulloso y vano, que despues de haberte ofendido, aún abruga la nécia pretension de que tú vengas á buscarle? Eso no es justo, ni decoroso, ni digno. No, padre mio; lo natural es que nosotros vayamos á pedirte perdon, y á besar tu mano con la humildad de unos buenos hijos. Si él no quiere, iré yo; ya no temo su enojo. ¡Ah! ese temor me ha sujetado siempre y me he perdido... Vaya, estoy resuelta... no vacilo.

Y cerrando la carta la puso el sobre.

Sor Teresa entró. Estaba muy pálida.

—Me ha llamado Vd., dijo.

—Sí, querida amiga, acabo de escribir á mi padre, y no he querido mandar la carta sin que la vea Vd.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que está en Madrid?

—Mis niños, que aunque no le conocen, han recibido de él pruebas de ternura. Ignoro cómo habrá sabido las señas de mi casa; sin duda la noche que me oyó cantar me seguiría; entonces llegué á figurarme que no me habia conocido, pero ahora creo lo contrario, y tengo un anhelo vivísimo por hacer llegar esta carta á sus manos: ¿tendria Vd. inconveniente en mandarla?

—Al contrario; será para mí un placer.

—Pues oiga Vd. antes lo que le digo.

Virginia, con las mejillas encendidas por la febril agitación que la dominaba, abrió la carta, y leyó con tembloroso acento lo siguiente:

«Padre mio: Hay ocasiones en la vida en que la razon se ofusca avasallada por el corazón, entonces no se oye mas voz que la del sentimiento que nos domina, y atropellamos por todas las consideraciones que el deber y la conciencia nos imponen. Esa época pasó para mí, pero ciega, delirante mas bien, por el inmenso amor que supo inspirarme mi marido,

no atendí á los sábios consejos de Vd., desoí sus paternales avisos, y me casé sin llevar sobre mi frente su bendicion. ¡Ay, padre querido, cuántas lágrimas me ha costado esta locura!... Mil y mil veces hubiera ido á arrojarme á sus plantas; pero siempre me detuvo una voluntad mas fuerte que la mia; esta voz no es ya bastante poderosa para hacerme atropellar los fueros de la razon, y no pudiendo vivir sin que el autor de mis dias me perdone y me bendiga, me decido á escribirle, suplicándole con lágrimas en los ojos, que por amor de Dios olvide mis faltas y me permita ir á implorar su perdon y á presentarle mis pequeños ángeles. No desoiga mi súplica, padre mio, dígame una sola palabra y me tendrá á sus piés, haciéndome la mas dichosa de las mujeres y la mas agradecida de las madres.

Su humilde hija,

Virginia.«

Cuando Virginia concluyó de leer, su voz estaba alterada; miró á Sor Teresa, y ambas, abandonándose á la impresion que les produjo la carta, dejaron correr sus lágrimas, arrojándose una en brazos de la otra.

—¡Ay! amiga mia, dijo al fin Sor Teresa; Vd. será feliz, mas feliz que yo.

—¿Y por qué Vd. no ha de serlo tambien? Yo he visto á Jaime con mi padre...

—¡Silencio!... ese hombre ha muerto para mí.

—¿Se habrá casado? dijo Virginia?

—Mucho peor; sigue soltero, me ama y desconfia de mi corazón; me vé con este sayal, y cree que puedo preferir las riquezas á su amor; ¡oh! esta es una ofensa que no puedo perdonarle.

—¿De veras?... Luego Vd. tiene noticias suyas?...

—Sí, señora, las tengo; pero ya se las contaré á usted, voy ahora á mandar esta carta.

—Sí, hermana mia, eso es urgente; luego hablaremos.

Sor Teresa salió.

Uno de los niños fué á sentarse sobre la falda de su mamá cuando la vió sola y pensativa.

—Mira, mamá, la dijo; aquel señor viejo con bigotes canos que nos dió el dinero lloraba al abrazarnos, ¿sabes tú por qué lloraba? porque los hombres no lloran; papá me ha dicho muchas veces que eso es una cobardía.

—Es verdad, hijo mio; y no estás tú en edad de comprender la causa de aquel llanto; pero dime, ¿quién os dijo que era el abuelo?

—¡Toma! la Sastra, añadió el niño mayor; y nos dió tambien dulces y bizcochos; pero, ¿seria el abuelo de verdad? ¿el abuelito por quien nos haces rezar todas las noches?...

—Creo que sí, dijo Virginia.

—Entonces le quiero mucho; llévame á verle.

—Ya iremos despues.

—No, ahora mismo; todos los niños van á paseo con sus abuelos; ¿por qué no hemos de ir nosotros? quiero ir... Vamos, mamá.

Y el voluntarioso niño, cogiendo á su hermanito de la mano, se dirigió á la puerta. Esta se abrió de repente, y se presentó D. Telesforo Parral.

—¡Abuelito!... ¡cuánto te quiero... llévame á paseo!... exclamó el niño abrazándose á sus rodillas como si le hubiera estado viendo toda su vida.

—¡Abuelito querido!... dame mas monedas... dijo el otro niño abrazándole tambien.

Virginia, ante la súbita aparicion de su padre, se quedó inmóvil; estaba en el extremo opuesto de la habitacion, se puso en pié, estendió los brazos, quiso correr hácia el anciano, pero la faltaron las fuerzas y cayó sin aliento sobre el sofá.

—¡Padre de mi alma!... murmuró entre sollozos.

—¡Hija mia!... ¡cuán desgraciada has sido! dijo el anciano, dirigiéndose á ella sin poder desprenderse de los niños, que se habian abalanzado á su cuello y le prodigaban mil caricias.

D. Telesforo se sentó en el sofá, y besó á su hija en la frente. La triste jóven, vencida por la emocion y por el dolor, dejó caer la cabeza sobre el pecho del noble caballero, y vertiendo copioso llanto le hizo comprender que si su dolor era grande, no lo era menos su arrepentimiento.

—¡Padre mio!... sin el perdon de Vd. no podré ser feliz sobre la tierra!... dijo al fin reanimándose un poco.

—¡Estás perdonada, hija mia!... exclamó D. Telesforo; nadie sino tú ha sufrido con mas rigor las consecuencias de tu locura; ¿pero y tu marido, cómo se encuentra?

—No le he visto desde que vinimos aquí, anoche me dijo Sor Teresa que estaba mejor.

—¿Esa noble religiosa que acaba de entregarme tu carta?

—Sí, señor; pero, ¿cómo tan pronto? ¿Acaso estaba usted en el Hospital?

—Sí; acababa de entrar acompañando á Jaime Illescas, que se ha puesto malo en la calle; llamaron á una religiosa, y se presentó esa misma con tu carta en la mano; me la entregó, me indicó tu habitacion, y se quedó con Jaime.

—¿Y Vd. no sabe que Sor Teresa es Segismunda? La prometida de Jaime.

—Lo sé, porque él mismo me lo contó anoche cuando al venir á hablarla para recomendarla que te cuidase, la reconoció.

—¡Pobre Segismunda!... lleva ocho años en este Hospital.

—Ahora se entenderán y serán felices.

—Y yo tambien lo seré con la bendicion del padre de mi alma; ¿no es verdad que ya no debo temer á la desgracia, protegida por el amor de Vd.?

—Nunca te faltó mi cariño.

—Yo fuí una ingrata en no acudir á buscarle.

—Tú obedeciste á tu marido.

—Es verdad; él se opuso siempre, y ha preferido la miseria y el hambre á la humillacion de ir á pedir perdon, dijo Virginia bajando los ojos.

—Es un orgullo necio; es mas bien la consecuencia natural de su carácter obstinado; ¿pero te ama?

—Sí, señor, y está enfermo, y se morirá con gusto por tal de dejarme libre y en los brazos de Vd.

—En medio de todo, tenemos el consuelo de que te ama, él es un hombre honrado; sé que en una ocasion le propusieron un negocio no muy limpio; pero que

daba mucho dinero, y prefirió la pobreza á la deshonra.

—Es verdad, y á consecuencia de eso le quitaron el destino.

—Semejante rasgo me reconcilia con él, á pesar de su carácter.

—Es muy orgulloso, y como se ha creído siempre que Vd. le despreciaba, no quiso buscarle, ni consintió que yo lo hiciera.

—Mi dignidad de padre tampoco me permite ser el primero que proponga la reconciliacion; por lo tanto, si desea mi aprecio que acuda á buscarle.

—Yo le convenceré; ¿pero se marcha Vd.?

—Voy á ver cómo sigue ese pobre Jaime, que ha sufrido un golpe mortal. Aquí tienes la llave de una habitacion que he mandado preparar para tí en esta misma calle. Trasládate á ella cuando quieras, y haz que lleven á tu marido.

—Abuelito, yo me voy contigo; dijo el mayor de los niños.

—Y yo tambien, añadió el pequeño.

—¿Y por qué me quereis tanto habiéndome visto tan pocas veces? preguntó el anciano.

—Porque mamá me ha enseñado á quererte, y rezábamos todas las noches por tí, pidiendo á Dios que te diera salud, repuso el niño.

—¿Y cómo te llamas?

—Telesforo; lo mismo que tú.

—¡Ah! ya veo que en este largo paréntesis no me ha olvidado mi hija.

—¡Cómo olvidar al padre de mis entrañas!... exclamó la jóven derramando lágrimas, no ya de dolor, sino de alegría y de inmenso agradecimiento.

D. Telesforo salió, llevándose de la mano á los dos niños, y recomendando á su hija que se trasladase inmediatamente á su nueva habitacion.

Empero Virginia, que ya con el cariño de su padre se sentia fuerte y animosa, se dirigió á participar tan fausta nueva á su marido, proponiéndose apelar á todos los recursos para que pidiese perdon.

La desgracia que la tenia agobiada se alejaba de su cabeza; podia al fin, tras de tantas amarguras, levantarla erguida, porque era feliz. La bendicion paternal ennoblece á la criatura y la da fuerzas para soportar las penalidades de la vida.

Virginia en un momento se habia transformado; era otra criatura radiante de alegría y de felicidad. ¡Ah, embellece tanto la dicha!...

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



LA SUBIDA DE LA MAREA.

I.

Pedro Eguren, según dicen sus camaradas, es el tipo del lobo de mar; á bordo es hombre campechano, activo y benévolo. En tierra es quisquilloso, indolente y porfiado; diríase que así como hay personas que se marean en el momento que pisan las tablas de una embarcación, á Pedro le acomete una especie de mareo en cuanto pisa las arenas de la playa; por lo demás, á bordo y en tierra, Eguren es un hombre de bien á carta cabal, muy estimado por sus vecinos y por todos cuantos le conocen á fondo.

Pedro, en sus mocedades, sentó plaza de marinero en las naves del Estado, y obtenida su licencia pasó á servir en clase de piloto en la marina mercante; hizo viajes á las Colonias, y con el producto de sus pacotillas compró en el pueblo de su naturaleza un caserío cerca del mar y una hermosa barca recién construida; retiróse del servicio con algún peculio, y casóse con la mejor chica del cercano pueblo de Ondarua; con ella pasó á establecerse en su lugar, uno de los puertos de Guipúzcoa que frecuentan los bañistas de la corte y de otros puntos de la Península.

Ya os hareis cargo, queridísimas lectoras, de que Pedro no compró la barca nuevecita con la intención de sembrar en ella coles. El piloto recién convertido en armador y propietario no podía separarse completamente de sus queridas olas; por lo tanto, hízose pescador por cuenta propia; el oficio de suyo es peligroso, y mas cuando la costa es brava como la del mar Cantábrico.

Vosotras, amabilísimas suscriptoras, en vuestras excursiones veraniegas no habreis dejado de visitar esas costas, y en los días de temporal en que no podiais ir al baño, quizá desde las ventanas de vuestro alojamiento habreis visto á las madres, á las hijas, á las esposas, hermanas y prometidas de los pescadores vagar inquietas y afligidas en torno de la ribera peñascosa, ya tendiendo las miradas por la superficie del mar, ya elevándolas al cielo para demandarle ayuda en favor de aquellos hombres espuestos á una muerte desastrosa, y si las habeis visto, y escuchado sus lamentos y plegarias, seguros estamos de que habreis tomado una parte no muy pequeña en su zozobra.

Petrilla Eguren, la hija, ó mas bien el ídolo del pescador, era cuando la conocimos una muchachá de 17 años, de rostro agraciadísimo, de talle airoso y elevada estatura; alegre, sencilla y modesta, de cutis blanco y fino, si se exceptúan las manos, que se hallaban algo curtidas por el trabajo, la legía y el agua salada. El padre hubiera querido criar á su hija en la molicie, pero la madre no entraba en eso, pues como ella decia, la ociosidad es madre de los vicios, y además las hijas de los pescadores no nacen para ser Duquesas, sino para gobernar la casa de un marido trabajador y pobre como ellas.

Petrilla, de buen grado, ayudaba eficazmente á su buena madre, ya en las faenas del campo, ya en las de la casa, y en las horas de solaz íbase con otras niñas y doncellas á pescar mariscos entre las hendiduras de las rocas, cuyos picos salientes avanzan mas allá de la playa, y cuando sube

la marea, sobre todo en ciertos días, desaparecen por completo bajo la espuma de las olas. La hija del pescador no era tan pobre como sus compañeras, y con todo, era la mas llana, la mas activa; si en algo trataba de distinguirse de las demás era en lo trabajadora, si en algo tenia vanidad, era en volver á su casa con el cesto bien provisto de almejas, ó de ostras y caracolillos del mar.

La señora Josepinacia, como la llamaban aquellas honradas gentes, abreviando y uniendo sus dos nombres de Josefa Ignacia, era una mujer mas limpia que los chorros del oro, mas trabajadora que las hormigas, y buena como el pan bendito. Sin ser madraza, sabia ser el ejemplo de las buenas madres, y todo el lugar cantaba las alabanzas de la madre y de la hija.

Josefa, como se dice vulgarmente, veia por los ojos de su marido; solo por dos cosas disputaban de vez en cuando el esposo y la esposa. Pedro decia que Josefa era un yunque para el trabajo y que hacia trabajar demasiado á su Petrilla, y Josefa quejábbase de que Pedro desoia sus advertencias respecto á los peligros que sin necesidad corria en el mar.

—¿Por qué, le decia, si gracias á Dios no te faltan medios para vivir honradamente sin esponer tu vida, ¿por qué has de salir al mar?

—Porque la mar es mi elemento favorito, respondíala Eyuren encogiéndose de hombros; sus olas me conocen y respetan.

—Sí, sí, fíate del respeto de las olas, contestábale su cara mitad... Verás si un día te sucede lo que al domador de fieras que vino cuando las funciones de San Roque, y según cuentan, el oso que temblaba en su presencia, y el tigre á quien echaba plantas, un día se acordaron de que tenían uñas y dientes, y se lo engulleron sin respetar su traje de colorines y su corbata de seda...

¡Valiente hipócrita es el mar!! ¡Para el tonto que se fia de su mansedumbre!! ¡Cuándo menos lo pienses, sabe Dios si te hará una de las tuyas!! ¡Yo, por mí, le tengo mas aborrecimiento que al pecado!! ¿Por qué Josefa odiaba cordialmente al mar?... Por tres motivos; el primero por el grande amor que á su esposo tenia... El segundo, porque tres ó cuatro de sus parientes habian perecido envueltos por las olas, y el tercero, porque solo de verlas se mareaba. Ya veis, lectoras, que su antipatia no era inmotivada ni fuera de razon.

II.

Avanzaba el mes de Octubre; la mar estaba revuelta, el tiempo frio, y los bañistas retirados á cuarteles de invierno. Ya no se vendia el pescado acabadito de coger; las expediciones marítimas de Pedro iban en menguante, y su mareo en creciente; sentado en el poyo del hogar, fumaba su pipa, sin apartar las miradas de su hija, que guisaba la cena en tanto que su madre cogia en el huerto la ensalada. De pronto empujaron la puerta, y un gallardo militar apareció en el dintel; á su vista dejó escapar un grito de sorpresa y alegría la graciosa pescadora de almejas, y á renglón seguido exclamó: ¡Andrés!!

—¡Andresillo!! gritó el ex-marino soltando la pipa y tendiendo los brazos al recién venido... Por mi santo Patron que no aguardaba tu visita, muchacho! ¿Qué sorpresa tan

agradable tendrá tu tía cuando venga! ¿Qué viento tan favorable te ha traído á estas playas?

—El deseo de abrazaros, contestó el jóven militar estrechando la cabeza de su tío contra el pecho, latente de alegría, y acaso de temor.

—Bien venido seas, hijo. Estás hecho un arrogante mozo con ese uniforme tan brillante... Pero, ¿qué, no abrazas á tu prima?

—Como ha crecido tanto... y la veo tan buena moza, casi casi no me atrevo.

—¡Vaya un soldado valenton!... Pero, ¡diantre! ¿Qué

significan esos galones dorados que llevas en la manga? ¿eres ya oficial?

—¡Sargento, y gracias, tío! que para conseguir este grado, tuve que pasar muy malos días y peores noches en la campaña de Africa; solo permanecí en aquel ejército algunos meses, y en ellos mi pobrecita madre ha envejecido una docena de años... A bien, añadió con alguna timidez, que si se cumplen los deseos de mi madre, ya no es fácil que volvamos á vivir separados.

(Se continuará.)

M. S.

LABORES.

Otro nuevo cuadro del género de *malla guipure* constituye la labor que hoy ofrecemos á nuestras lectoras, destinada con hilo grueso, como le presenta nuestro grabado, á formar cortinajes, sobre-camas, cubiertas de sillería, etc., alternados unos cuadros de malla y otros de bordado, ó sencillamente todos de malla, lo que aumenta la riqueza de la labor.

Principiase, como ya hemos explicado en otros, por un punto de la malla, y se va creciendo en cada vuelta un punto hasta tener la mitad, en biés, menguando del mismo modo hasta concluir otra vez en punta. Para bordar estos cuadros, sabido es que hay que hilvanarlos al bastidor, ó sencillamente á un marco de madera algo mayor que el cuadro, para que resulte tirante.

Los otros dos modelos señalados con los núms. 1 y 2, muestran el modo de bordar malla: el uno lleva el dibujo que forma la estrella del centro, y no es mas que un sistema

de feston al aire, menguando siempre de las orillas, y el otro uno de los cuadros mates que rodean la estrella, y se compone de puntos al biés. El calado de medias lunas que forma las cenefas, es tambien un feston enlazado, punto ya explicado en otros dibujos, y el centro mismo de la estrella, son dos ojales cruzados, y hechos como todos, á punto de ojal ó feston.

El algodón mas ó menos grueso que se emplee en esta labor, la dará mas ó menos fina, y para objetos delicados debe emplearse el algodón inglés de carretes. Uno de los cuidados principales que deben tenerse al reproducir esta labor, es que cuente el mismo número de cuadros que el modelo, para irlos bordando por el mismo orden, como en un dibujo de cañamazo, en el cual, un solo punto equivocado trastorna todo el dibujo.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 856.

FIG. 1.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido de mozambique* blanco, adornado de tiras y botones de seda, color pensamiento.

Falda doble, la primera redonda, que apenas descubre el pié, y adornada de seis tiras estrechas de seda, cortadas por patas del mismo mozambique, ribeteadas y sujetas por botones: falda superior con dos tiras al canto y adornada en las costuras por una hilera de botones, y dos tiras á cada lado, recogiendo esta falda en ambos costados por algunos pliegues.

Paletot de igual tela y adorno, corto y recto, figurando por detrás los bieses una pieza postiza en el centro.

Sombrero redondo y chato de crin blanca con cinta morada alrededor y grupo de flores de granado.

FIG. 2.^a TRAJE DE RECIBIR Y DE PASEO. *Vestido* de seda verde bordado con seda verde de dos tonos.

Falda Imperio de estensa cola, adornada en las costuras de un biés estrecho mas oscuro, y botones de seda rodeados de guipure blanco: un gran ramo bordado en el paño de adelante sube en delantal y se extiende por los lados, sujeto por un lazo bordado con blanco imitando á encaje.

Cuerpo abierto en V por delante, y cruzado con botones por delante y bordados en el hombro, iguales al de la falda: manga justa y lisa. Talle corto con cinturón, adornado al pié de fleco de bellotas de seda blanca, adorno que se repite en el hombro.

Peinado de bandós rizados y castaña alta con dos cintas en diadema, color de malva.

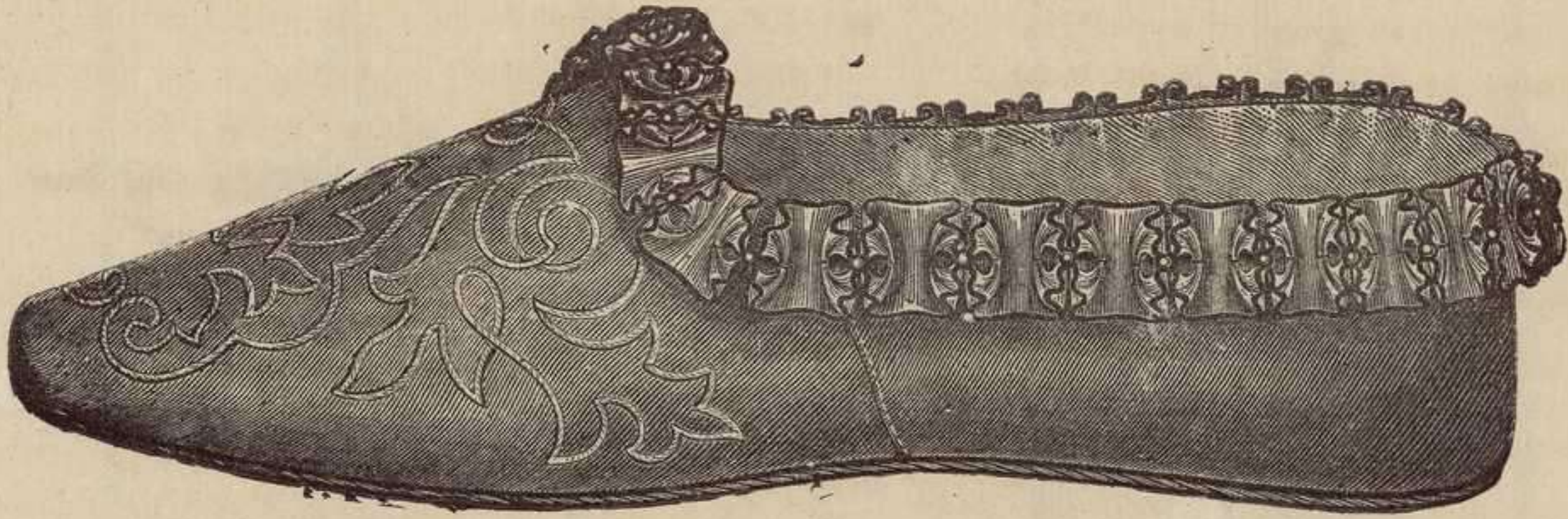
Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

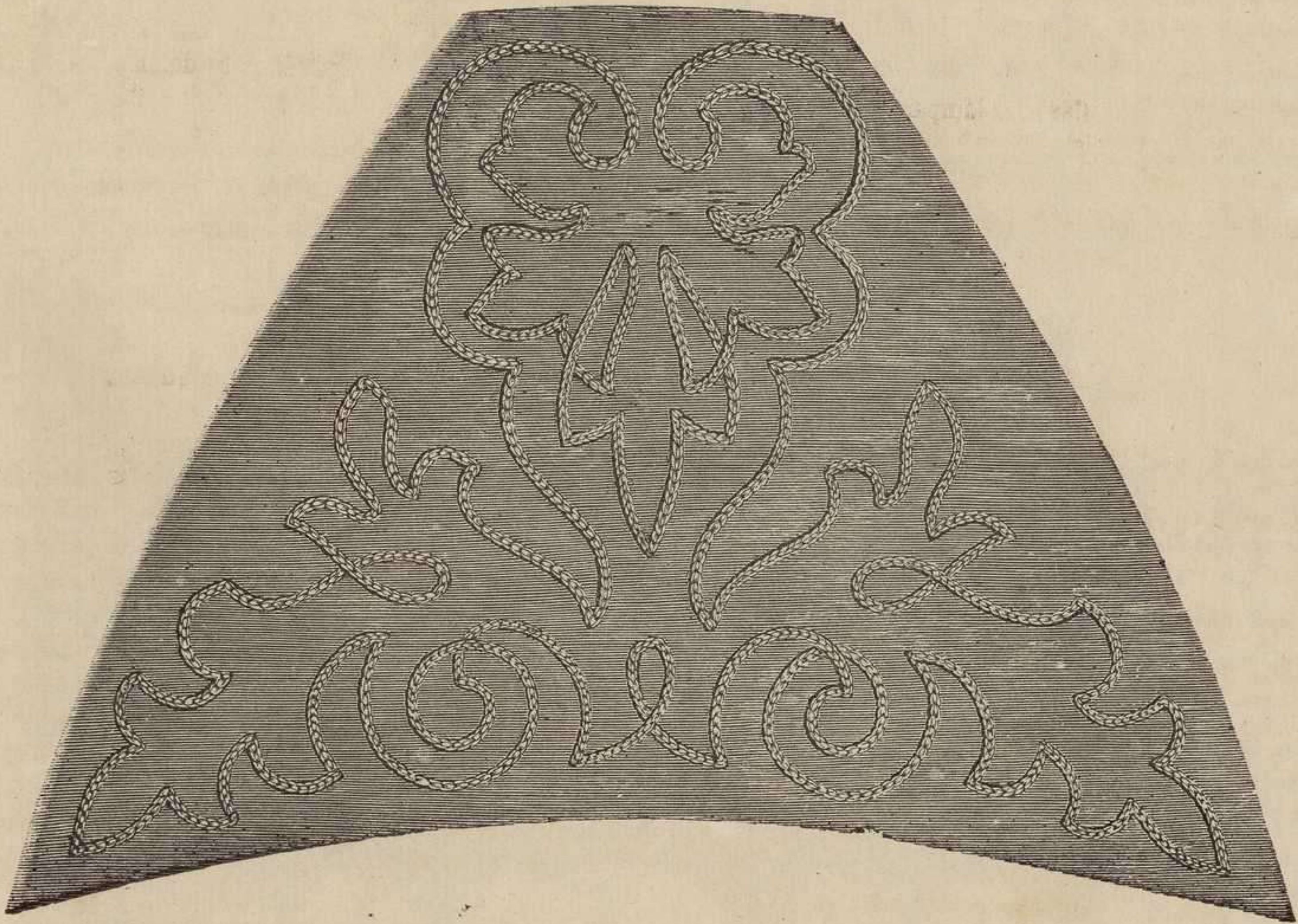
MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

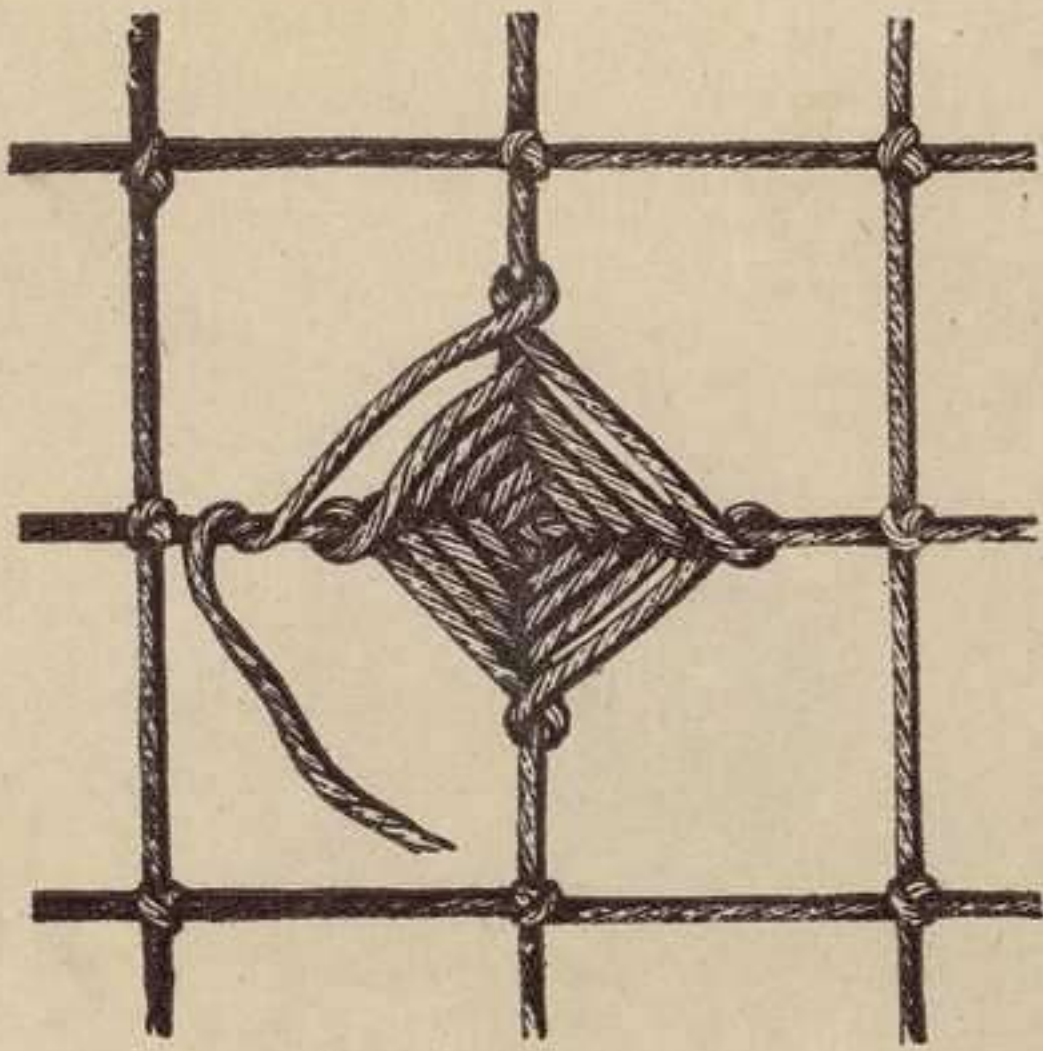
1



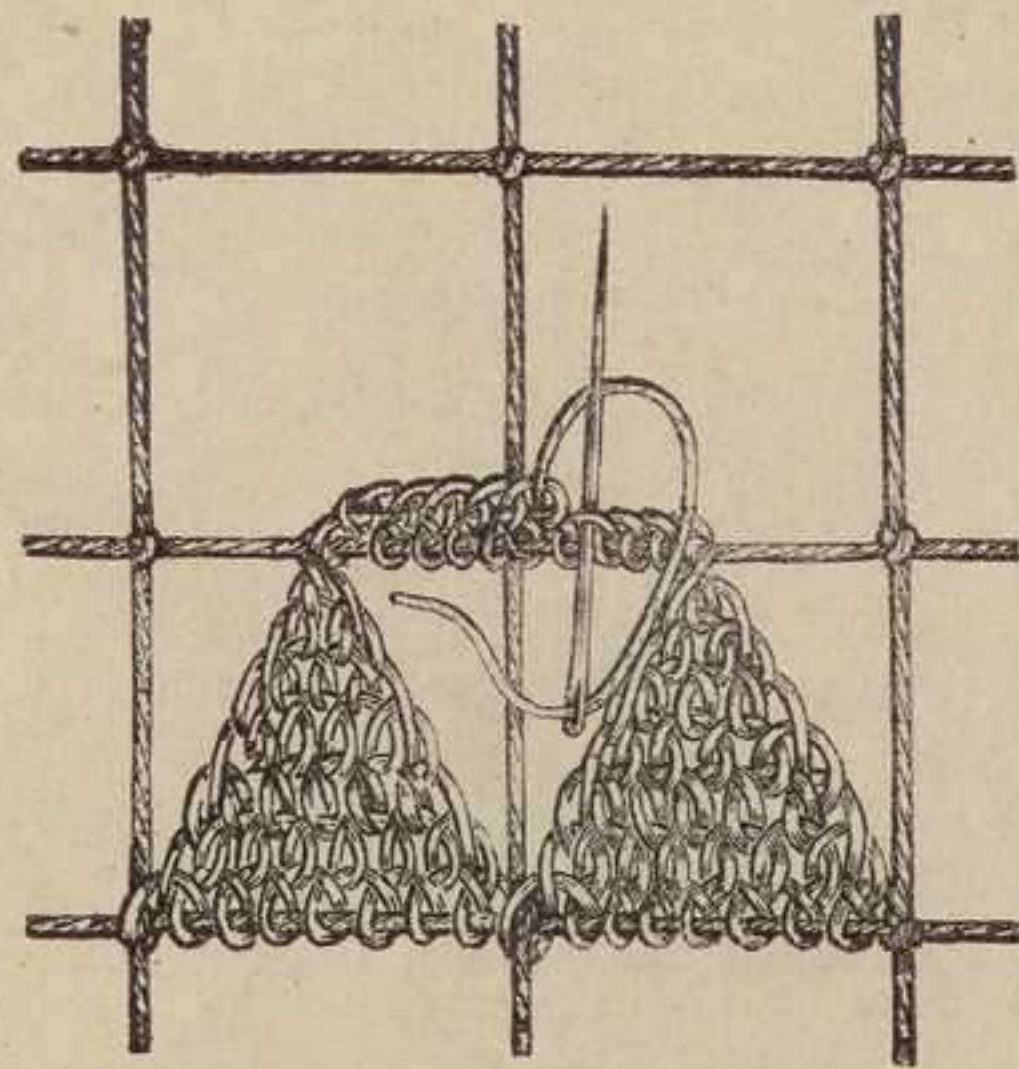
2



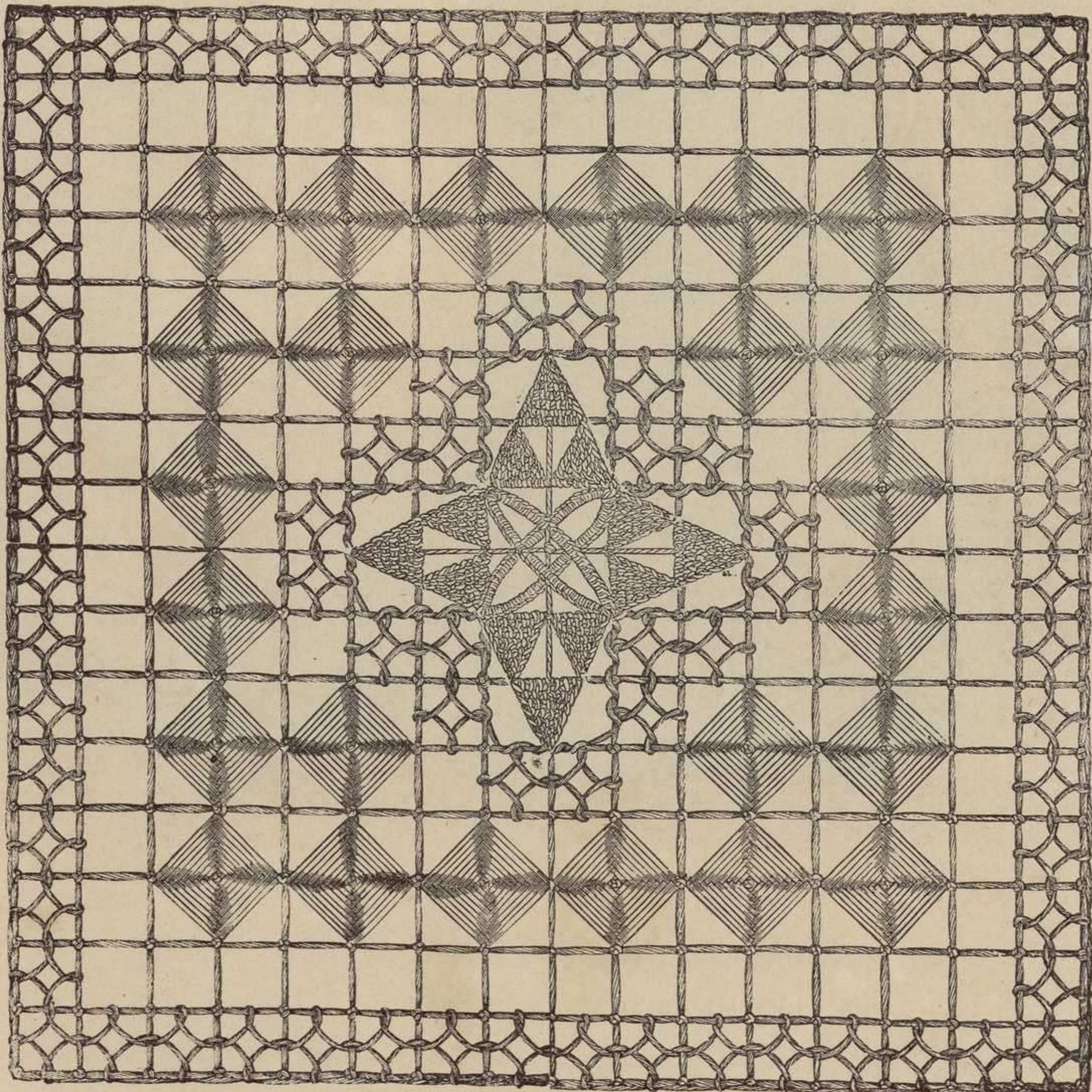
1

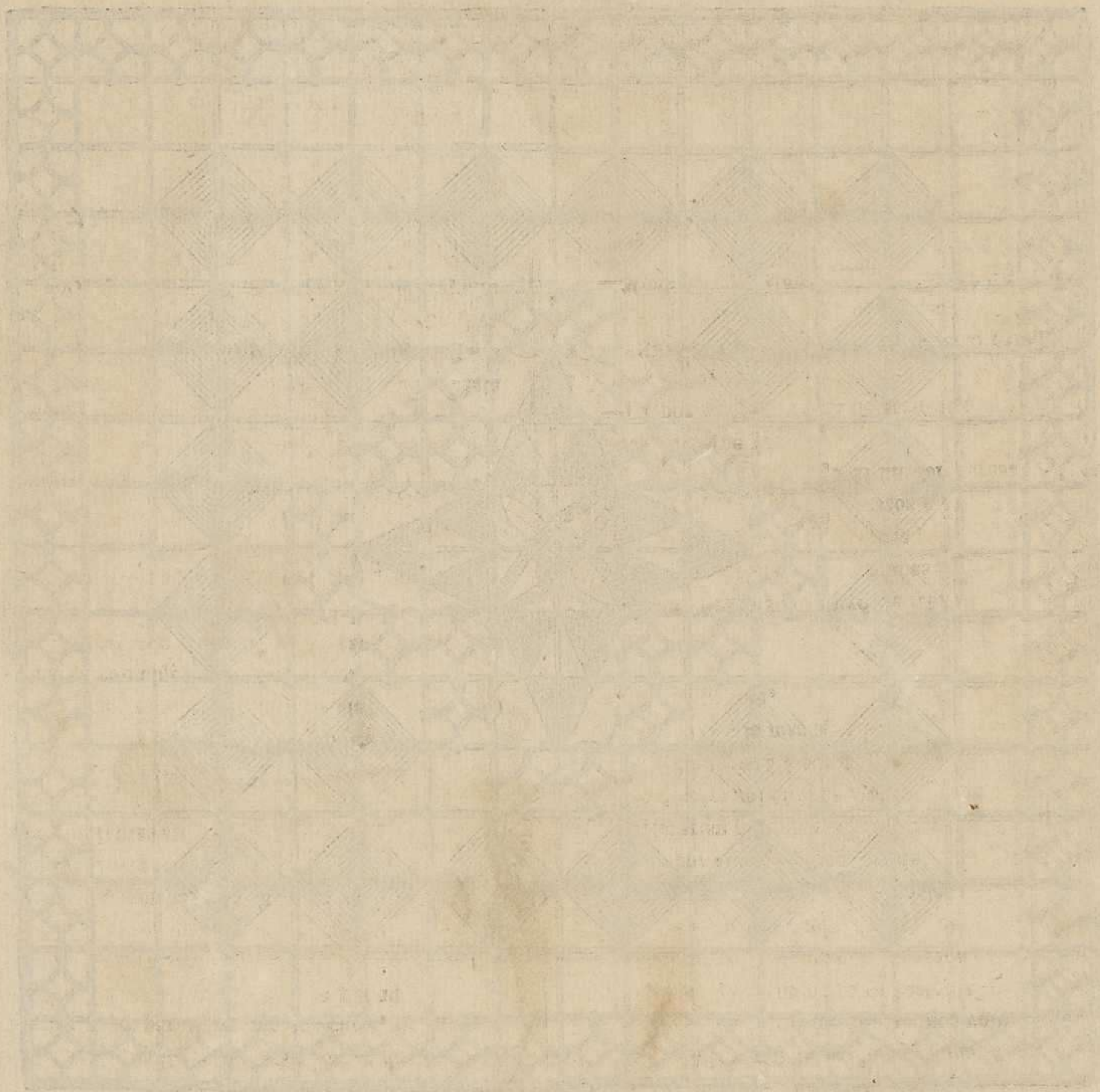
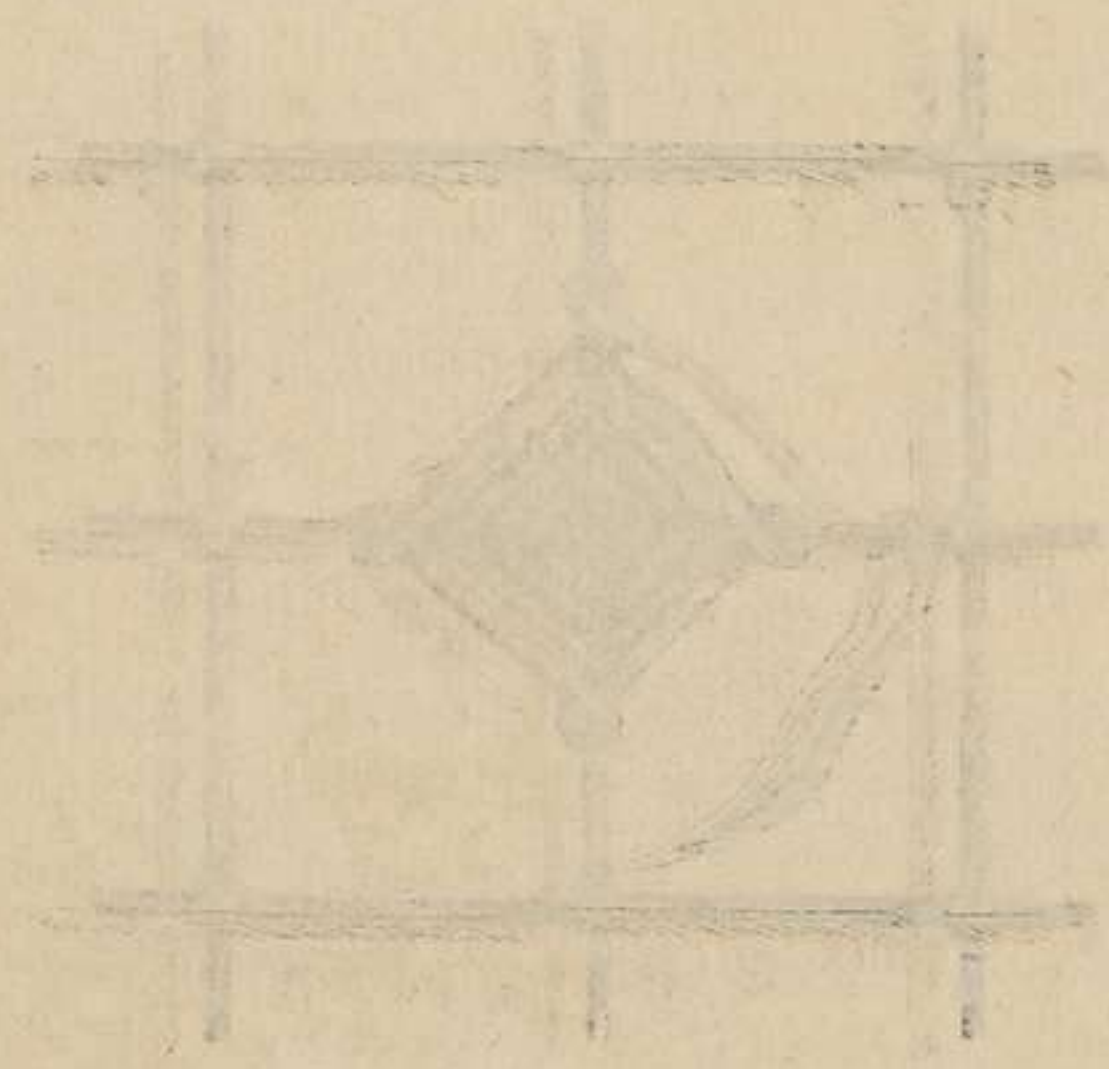
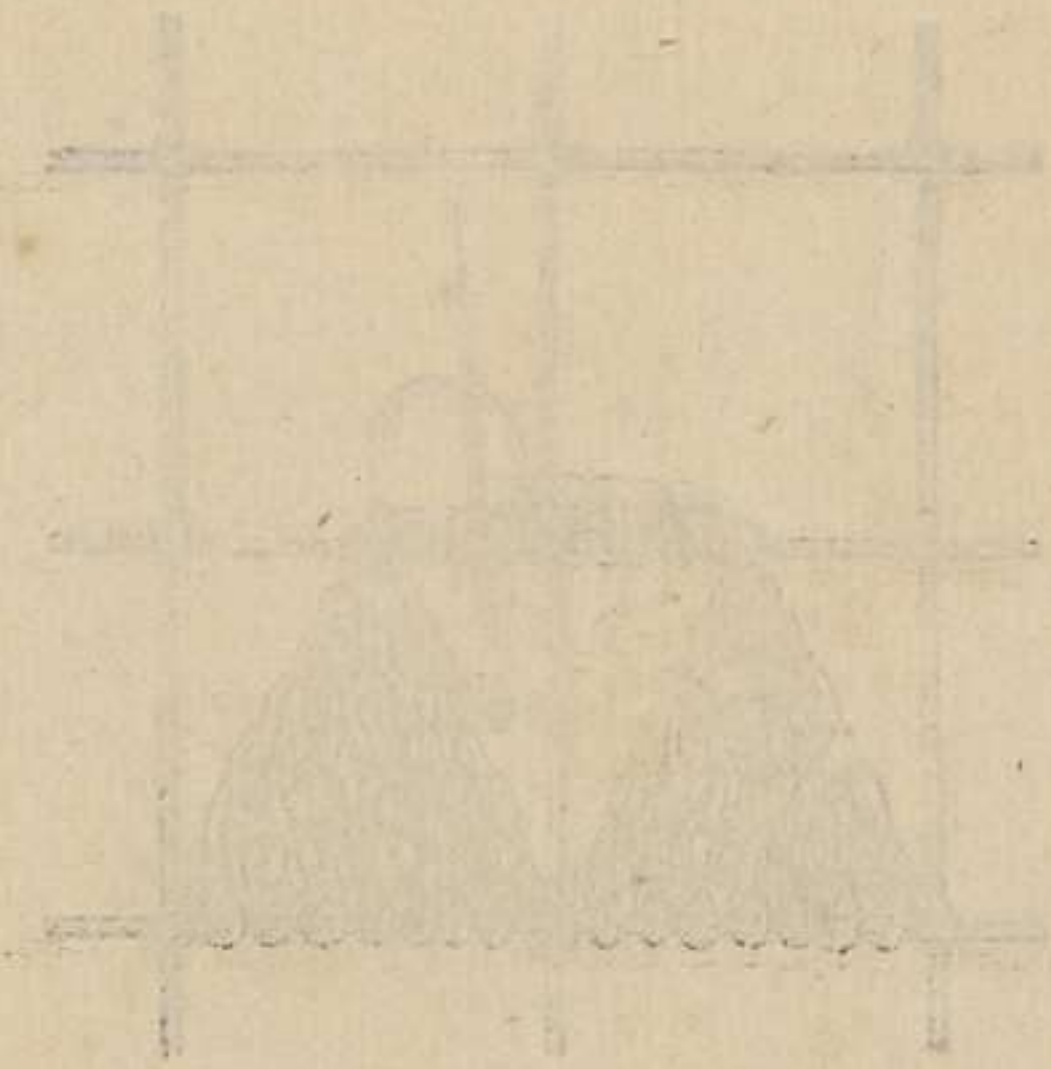


2



3







Julius Warré

Lamoureux imp. r. Lucapole. 33. Paris

Gervais

Ad. Coubaud. Ed. Paris

856

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

*Coiffures de la M^{me} Noailles et C^{ie} Delacroix Succ^r. r. de la Bourse. 4 - Modes de M^{me} Morison r. de la Michodière. 6.
 Coiffures de Henri de Bysterveld. Faubourg S. Honoré. 5 - Lingeries de M^{me} Noël sœurs, à la Couronne Royale. Rue du Bac. 51.
 Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon Ch^{ie} d'Antin. 6 - Parfums de Violet f. de S. M. l'Impératrice. S. Denis. 37.*

Entered at Stationer's Hall.

LONDON. E. Weldon, 33, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID. El Correo de la Moda P. J. de la Peña

